

La fábrica de sueños, de cuentos e historias

Autor: Albert Leonardo Sibaja Campos

Érase una vez, en un reino no muy lejano, más bien cerquita de usted, una casita de cuentos entre Alajuela y San José. Este reino encantado con olor a cafetal tiene pisos de tierra, paredes de adobe y ventanas sin cristal. Lo acunan altas montañas donde el alegre sol sale y se esconde, por colinas empinadas llenas de frondosos bosques. Lo arrullan las revoltosas aguas de riachuelos y manantiales y es custodiado por extensos potreros y pintorescos cafetales. Es la casa de mi abuela, aquí se trazó el cuento que les quiero contar.

A mis diez años pienso críticamente que mi abuela es la dueña innegable de la mejor cuchara del lugar, hace el mejor arroz con pollo que puedas probar y su olla carne es tan buena que si la prueba una calaca se pone a bailar. Pero sin dejarle lugar a la más mínima duda, mi abuela tiene una fábrica de sueños, de cuentos y de historias. Y aunque me encantan sus galletas, la mejor hora de su cocina es cuando pone en el horno un buen relato que acompaña de aguadulce y dos tortillas palmeadas en mi plato.



Guisa en su cocina cuentos de ardillas chimuelas o conejos orejones, de espantosas princesas y chanchitos cachetones; hornea historias de bailarines, chompipes o patos, de aguerridos guerreros y galantes príncipes sapos. Pero sus más amadas, sus favoritas, son las escalofrantes Leyendas Ticas, de padres sin cabeza, carretas sin bueyes y temibles brujas. Y mujeres con cara de yegua y uñas de aguja. Narra de un enorme y escalofriante perro que por los borrachos arrastra una escandalosa cadena y una voraz hambre y narra de las inocentes luces de las ánimas en pena.

¡La Llorona, la más triste de las leyendas, la de aquella hermosa joven que el patrón enamoró, humillada y deshonrada hasta su familia la abandonó, cientos de años han pasado y busca por el río lo que la vida le quitó, en el eco de su alarido desahoga su dolor por el niño que ha perdido vaga sola y sin amor! La llorona logra conmover a mi abuela, lo noto en sus palabras, pero aun así sigue siendo uno de los espantos que me hiela más el alma, solo pensar que puede gritar en el río y en seguida en mi ventana... ¡ Ahh! No puedo dormir.

Un día decidí no atormentarme más y cazarla; no sé si fue porque mi abuela inculcó en mí una afinidad por esta leyenda en particular o porque en el reino de los cuentos de mi adorada abuela todos, excepto Yo, ya habían escuchado su grito de dolor. Una noche oscura la esperé escondido a la orilla del río, pero aparte de una pandilla de mosquitos y un aterrador búho nada se me apareció, descartando el hecho de que me venció el sueño y me quedé dormido.

Así la esperé durante un par de meses y nada. Solo un día creí escucharla, el cuerpo se me entorpeció, la piel me cambió de tono y perdí el habla, tras escuchar a mi espalda un espeluznante maullido que resultó ser el de un gato bandido, pendenciero y barrigón.

Después de eso dudé del reino mágico donde había crecido, de mi encantadora abuela y de la fábrica de cuentos, porque en aquel lugar de ensueño, de cuentos de hadas y leyendas de horror, nada era real. Yo era solo un grandísimo tonto, un simple iluso que se había dejado influenciar por su imaginación. Esa noche no cené, no acepté ni un cuento ni una pequeña historia o leyenda horror. No, no quise nada, mi abuela se puso tan triste que no olvidaré el dolor en su mirada y aun así me fui acostar, sin decir nada.

No lograba dormir y fue cuando entendí, sentí vergüenza de mí, la fábrica de sueños y de cuentos la encendía mi abuela solo para mí. Y justo cuando me decidí a levantarme de mi cama, un aterrador alarido estremeció el río y un desgarrador maullido sonó en mi ventana. No sé si de miedo, terror o felicidad, salté de la cama a la ventana y vi a la mitad del patio la silueta de una mujer de cabellos largos y canosos con los que jugaba el viento, vestida de blanco, con unas horribles botas y en su pálida mano un candil.

Al despertar concluí que me había desmayado, ya era de día y estaba en el cuarto de mi abuela, había dormido ahí. Me descubijé despacio y por torpe me caí de la cama, debajo de ella estaba la bata, las botas y el candil. Sonreí desahogado. Me senté en la mesa y mi abuela me guiñó dulcemente el ojo, encendió la cocina y la fábrica de sueños, de cuentos y de historias.

El autor fue ganador del certamen nacional de escritura de Costa Rica: Mi CuentoFantástico. La versión ilustrada se encuentra en la Antología 2015, en:

<https://micuentofantastico.cr/wp-content/uploads/2017/06/Antologia2015.pdf>

Quedan reservados todos los derechos de autor por la Asociación Amigos del Aprendizaje, ADA. Se prohíbe su uso comercial, su venta, o su uso por sitios web sin el permiso previo y por escrito de ADA.

